



«La sexualidad nos podía», reconocía Galiardo, «y Umbral, elegante, apuesto, era un competidor peligroso, **hablaba** mejor que nosotros y era más seductor»



Ramoncín, Juan Luis Galiardo y María España, al fondo, en un momento de la tertulia en el Café Gijón. / ALBERTO CUÉLLAR

Cuatro personajes en busca de autor en el Gijón

Galiardo, Ramoncín, Jorge Urrutia y Javier Villán recuerdan a Umbral

ÁNGEL VIVAS
Como Umbral (no hace falta anteponer el Francisco, Umbral sólo hay uno, como Juan Ramón o Federico) como Umbral, decíamos, mezcló siempre vida y literatura, sus amigos solían acabar convertidos en negritas en sus artículos, esto es, en personajes. Ayer, en La Noche de los Libros, algunos de esos amigos-personajes (Juan Luis Galiardo, Ramoncín, Jorge Urrutia y Javier Villán) se reunieron para hablar del amigo y del escritor, para buscar a un autor que sólo se ha ido en la

carne mortal (y rosa), pero que queda en una literatura inmortal.

¿Dónde se reunieron? Dónde iba a ser. En el Café Gijón, al que una noche llegó Umbral dispuesto a comerse Madrid. La tertulia (ya lo hemos dicho) era una de las muchas actividades de La Noche de los Libros, pero era también la primera de un ciclo dedicado al autor de *Le-yenda del César Visionario*.

Se habló del escritor y del café, de las cosas de entonces y de algunas de ahora. De cuando se llegaba al Gijón, contaba Juan Luis Galiar-

do, cargados de ilusiones y vencidos por la sexualidad. «La sexualidad nos podía», reconocía Galiardo, «y Umbral, elegante, apuesto, era un competidor peligroso, porque hablaba mejor que nosotros y era más seductor». Umbral le dejó este buen consejo al entonces joven actor: «¿Cuándo vas a matar al galán?»

Ramoncín recordó unos años posteriores, finales de los 70, primeros 80, cuando iban a los mercados de madrugada, compraban marisco y se iban a comerlo a un bar que sólo abría a los iniciados.

Jorge Urrutia contó una anécdota personal de un momento intermedio. El 24 de febrero del 65, él era un joven estudiante universitario y participó en una manifestación que sería histórica, porque la encabezaron catedráticos como Aranguren y García Calvo (Tierno estaba en Salamanca, pero llegó al día siguiente y acabaría expulsado igual). El caso es que cuando la policía empezó a actuar como acostumbraba y vino la desbandada estudiantil, Urrutia encontró refugio en la oficina del Instituto de Cultura Hispánica en la que Umbral velaba armas.

En cuanto al Gijón, Jorge Urrutia insistió en algo que también han dicho otros: allí convivían los escritores republicanos y los otros, no se hablaba del pasado, sino de reconstruir un país. (Franco había dicho que había que reconstruir en los campamentos lo que se había des-

Se reveló la trastienda de la famosa anécdota «yo he venido a hablar de mi libro»

Umbral: «Han ensalzado mi estilo para tapar mi pensamiento»

truido en los cafés –refugio y símbolo de los denostados intelectuales– y los inquilinos del Gijón le dieron en la práctica la vuelta a la frase).

Urrutia y Villán fueron más a lo literario. Y ambos coincidieron en desfacer algunos tópicos que envuelven al autor de *El hijo de Greta Garbo*. Por ejemplo, el de su autodidactismo, reiteradamente proclamado por él mismo. Sería autodidacta, pero tenía lecturas por un tubo; haber leído a T. S. Eliot en el 64 no era cualquier cosa, señaló Urrutia. Y Villán rebatió lo de la *prosa sonajero*. Su prosa no era tal, sino cargada de pensamiento, como se ve bien en un libro como *Un ser de lejanías*. Eso sí lo advirtió el propio Umbral: «Han ensalzado mi estilo para tapar mi pensamiento».

En fin, la velada fue tan jugosa que hasta se reveló la trastienda de una de las anécdotas más famosas del autor de *Los helechos arborescentes*: la de «yo he venido a hablar de mi libro». El caso es que aquel libro del que Umbral quería hablar con la futura presentadora de *Gran Hermano* era crítico con el entonces llamado felipismo. Y había órdenes de que la entrevista discurriera por distintos cerros. Umbral se olió la jugada, y de ahí el «yo he venido a hablar de mi libro, coño».

O. ORBYT.es

>Vea hoy en EL MUNDO en Orbyt la tertulia sobre Umbral.



André Glucksmann. / BEGOÑA RIVAS

Glucksmann y el crimen de la indiferencia

BEATRIZ PULIDO

Mantiene de su juventud esa extrema delgadez y ese peinado a lo Warhol que ha ido perdiendo volumen y ganando en color plata, conserva además esa genuina rebeldía que le ha llevado a aborrecer igualmente el pensamiento totalitario como a arremeter contra lo considerado «políticamente correcto». André Glucksmann (1937) se muestra muy contento «de haber sido un desarraigado».

Ayer fue invitado a dar una conferencia en La Noche de los Libros y aprovechó para verter sobre la Literatura, entre otras cosas, la responsabilidad de haber sacado por primera vez al ciudadano de la Providencia. «Antes de escritores como Cervantes, Shakespeare, Montaigne o Goethe, vivíamos en un orden providencial. Había un sentido del destino humano inspirado en la mitología y la religión». Para Glucksmann, por fin, «un libro que no era ni la Biblia, ni estaba basado en otra tradición, definía la suerte de un individuo y de una nación». Libro y lector establecían un diálogo íntimo y único. Al salir de esa Providencia todo era posible: el ser humano descubría el caos y la violencia, la de la sociedad y también su propia violencia. «La literatura», decía Glucksmann, «no sólo desilusiona y desvela, sino que nos encara con el riesgo de lo imprevisible que tiene la naturaleza o la sociedad».

El autor de *Los dos caminos de la Filosofía*, hablaba de que la crisis económica actual tiene mucho de ese mal que ha afectado al ciudadano en el último siglo: la indiferencia, uno de los peores crímenes que ha cometido y sigue cometiendo el ser humano. La crisis económica que ha absorbido mucho de esa indiferencia de las élites que se han sumido en la complacencia de que todo va bien y que «somos más fuertes que la crisis».

El pensador francés aseguraba que esa actitud ha perseguido al hombre a lo largo de la Historia, sobre todo en el último siglo. Y mencionó las dos guerras mundiales o los genocidios de Ruanda, los judíos y cinganos en la Segunda Guerra Mundial o los camboyanos. Cree que cada vez que el hombre se duerme con ilusiones y se pone a soñar le despierta el horror.